

ENTREVISTA A KISHIRO OGAKI¹

POR EMILIO GARCÍA MONTIEL²

DOI: 10.32870/mycp.v12i36.333

La entrevista a Kishiro Ogaki formó parte de un ambicioso e inconcluso proyecto: reunir las memorias de los especialistas hispanoamericanos en estudios de Japón y de los especialistas japoneses en estudios de Hispanoamérica. Me movía a ello tanto el interés académico —trabajaba a la sazón en mi tesis de doctorado en la Universidad de Tokio— como el interés periodístico por un tema que, todavía hoy, carece de crónica. Fue realizada en la ciudad de Kyoto, hacia 1999, y tal vez Ogaki recuerde la fecha, el lugar exacto. He suprimido las preguntas, innecesarias para mí, en un relato tan fluido y tan revelador de la simpatía y el humor de Ogaki. No obstante, para mis propósitos aún la sigo considerando el borrador de otra entrevista mayor

-
1. Kishiro Ogaki es Doctor en Historia por la Universidad de Navarra y por El Colegio de México. Figura como especialista principal en muchos de los capítulos sobre Hispanoamérica que han aparecido en diversas enciclopedias, y está entre los responsables de la edición de uno de los diccionarios español-japonés más consultados. Tiene, además, una *Historia de la Constitución española de 1845*, un ensayo sobre *El Ayuntamiento de la Ciudad de México durante la guerra de independencia*, y una *Historia de México y Japón del siglo XVI al XIX*. Y traducciones que representan un hito para el conocimiento de México y Latinoamérica en Japón: la *Relación y noticia del reino de Japón*, de Don Rodrigo de Vivero; el *Viaje de la comisión astronómica mexicana al Japón*, de Francisco Díaz de Covarrubias y *Siglo de Caudillos*, de Enrique Krauze. En la época de la entrevista fungía como Director General de Relaciones Internacionales de la Universidad de Estudios Extranjeros de Kioto, donde actualmente continúa como profesor. Antes había sido Coordinador del Centro de Estudios Mexicanos y Jefe del Departamento de Estudios Hispánicos de la misma universidad. Ha sido condecorado con las órdenes *Águila Azteca* e *Isabel la Católica*.
 2. Doctor en Historia de la Arquitectura por la Universidad de Tokio. Maestro en Estudios de Asia y África (especialidad Japón) por El Colegio de México. Licenciado en Historia del Arte por la Universidad de La Habana. Actualmente es investigador de la Universidad Cristóbal Colón, en el puerto de Veracruz. Ha publicado *Muerte y resurrección de Tokio* (El Colegio de México, 1998) y es coeditor de *Cultura Visual en Japón: once estudios iberoamericanos* (El Colegio de México, 2009).

Ante todo, tengo que decirte que yo le di la vuelta al mundo. Yo era un muchacho muy inquieto y siempre me gustó mucho viajar. Desde que estaba en el bachillerato. Así que cada vez que tenía tiempo libre lo aprovechaba para ir aquí o allá, es decir, me la pasaba viajando, yendo por todo Japón, desde Hokkaido hasta Kagoshima. Por eso, cuando más o menos terminé de recorrer desde el extremo norte hasta el extremo sur del archipiélago, me dije: “ahora quiero conocer otros países”. Entonces se me ocurrió dar la vuelta al mundo. Y compré un boleto para un barco francés que salía del puerto de Kobe y llegaba hasta Marsella, pero que también tocaba muchas otras ciudades: Yokohama, Hong Kong, Saigón, Singapur, Colombo, Bombay, Djibuti, Portside: 30 días en barco. De Marsella di una vuelta por Europa, y luego me fui en tren a España, donde estuve casi un mes y, finalmente, a Lisboa, desde donde tomé un avión hacia Nueva York. Después pasé por Canadá, Los Ángeles, México y otra vez Canadá. Y de allí, desde Vancouver, regresé por una ruta que llegaba a Tokio a través de Honolulu. En resumen, 32 países en 112 días. Es decir, casi la vuelta al mundo en ochenta días. Con 21 años.

Eso fue en 1965. En aquel momento el dólar estaba a 360 yenes. Y sólo se nos permitía sacar 500 dólares. Quinientos dólares, es decir, nada. Pero por mi cuenta yo conseguí cerca de 2,000 ó 2,500 dólares. Como yo era estudiante, no tenía dinero pero sí tiempo de sobra. Entonces me puse a enviar tarjetas postales a mis amigos. A cada uno de los amigos que habían estado conmigo desde el kindergarten hasta la universidad. En las tarjetas les explicaba lo que intentaba hacer, y les pedía que, de ser posible, colaboraran para mi empresa. Entonces todos me empezaron a mandar cheques o efectivo. Así que en cuestión de un mes pude reunir los yenes necesarios para comprar el pasaje. Lo curioso es que para agradecerles no pude hacer otra cosa que volver a enviarles una postal, que costaba cinco yenes en aquel entonces. A esa colecta se sumó una cantidad con la que me ayudaron mis padres. Pero aun así, para la magnitud del viaje que intentaba hacer todo ese dinero resultaba insuficiente. Como tú sabes, lo que más te cuesta es el gasto de alojamiento, quedarse en un hotel es lo más costoso. Por eso, ya una vez que estaba viajando empecé a hacerme de amigos en cada parte del mundo, hombres y mujeres. En España, Portugal, India, Estados Unidos, México. Por ejemplo, el amigo de México era un caso muy particular. Era un señor millonario que tenía una compañía farmacéutica y que vivía en Lomas de Chapultepec; íntimo amigo del presidente del hotel *New Otani*, de Tokio. Su casa era impresionante: sirvientas, alberca, dos y tres coches; en fin, una residencia de gente de dinero. Y eso para un ja-

ponés, especialmente para un estudiante japonés de la década de los sesenta, que es cuando Japón comenzaba a acelerar su desarrollo económico, era algo sensacional. Un día le dije a ese amigo que me gustaría conocer un poco más el país, y él me contestó: “Muy bien. Mañana nos vamos a Guadalajara”. Y yo pensé que iríamos en autobús, pero nos fuimos en *Mexicana*. Recuerdo, incluso, que en aquel momento *Mexicana* usaba un avión británico, Comet, que luego lo descontinuaron porque tenía problemas en el motor. Y bueno, todo eso era más que maravilloso para mí, era como un sueño.

Para aquel entonces ya yo había terminado la licenciatura. Primero había pensado que mi vocación iba a ser la medicina, pero más tarde se me ocurrió estudiar economía. Pero finalmente me desanimé porque reprobé el examen de ingreso a la Facultad de Economía de la Universidad de Tokio. Había ido a Tokio porque mis padres eran de allí. (Mi papá era graduado de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Waseda y, por cierto, también había alcanzado el sexto dan en judo, pero eso fue en la era Meiji, cuando se iba a la universidad vestido de *haori*, *hakama* y gorra.) Y así es que, después del fracaso, me decidí venir a Kyoto a estudiar idioma español en el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Estudios Extranjeros. Aunque vivía en una gran ciudad como Osaka, vine a Kyoto para cambiar de ambiente, para llevar mi vida universitaria en una ciudad tranquila. Y si me decidí por el idioma español, por el estudio de la historia de España y de América Latina, fue por la sencilla razón de que quería estudiar algo que fuera novedoso, una especialidad pionera. Porque en los años sesenta estudiar el mundo hispánico era como estudiar el mundo swahili. De hecho, mi promoción es la primera promoción graduada del Departamento de Estudios Hispánicos. Y de ese grupo, que yo recuerde, sólo otro compañero ha seguido el mismo camino; actualmente es profesor de Idioma Español en la Universidad de Kagoshima.

En verdad, los estudios hispanoamericanos ya habían comenzado algunos años antes, en los años veinte y treinta, y ésa es la obra de historiadores y antropólogos como Masuda Yoshio, Terada Kazuo, Izumi Seichi o Ishira Eichiro. Pero esos trabajos aún resultaban demasiado descriptivos. Estos profesores eran excelentes, sin duda, pero les faltaba el análisis de las fuentes originales y la experiencia de la investigación en las áreas de estudio. De este modo, mi generación es la segunda generación de investigadores: quienes fuimos a estudiar a los países de habla hispana e hicimos grados académicos allí. Por ejemplo, en estudios sociopolíticos está Tôro Shimizu, que también pasó por El Colegio de México y ahora es profesor de la Universidad de Keio; en estu-

dios de historia colonial, Kobayashi Kazuhiro, que se doctoró en El Colegio dos años antes que yo y actualmente es profesor de la Universidad de Sofía y director del Instituto Iberoamericano; y Shimizu Norio, doctor en filología, que hizo su grado en España y es también profesor de esa universidad.

Pero, volviendo atrás, el caso es que como me gustó mucho aquella vuelta al mundo, al año siguiente intenté repetirla, pero quise hacerla en tren. Esta vez salí del puerto de Yokohama hasta el puerto ruso de Nahotoka, desde donde tomé el transiberiano hasta Viena, un viaje que duró una semana. Sin embargo, ésta no fue exactamente una vuelta al mundo, más bien una media vuelta porque finalmente me quedé en Europa, en España, donde comencé a estudiar el doctorado, que era en realidad la idea que yo tenía al salir de Japón. Y para ello había conseguido una beca del Ministerio de Relaciones Exteriores de España, 7,000 pesetas, algo así como 500 dólares. Lo que ocurrió fue que la vez anterior, cuando me quedé casi un mes recorriendo España, conocí a una madrileña guapísima, Pepita, con quien estuve a punto de casarme. En esta segunda visita Pepita me invitó a ir a su casa y me presentó a su familia. Un día, no se me olvida, fuimos todos de excursión a El Valle de Caídos, y la pasamos muy bien, comiendo jamón de pierna y tomando vino en bota. Todo estaba perfecto, pero luego ya yo no me atreví a dar el paso hacia el matrimonio.

Tenía entonces 23 años, y tardé cuatro en terminar el doctorado. Yo no había estudiado la maestría, pero en aquel entonces España no tenía el sistema de estudios de maestría como tal. Su equivalente era el quinto año de la licenciatura. Así que antes de entrar al doctorado tuve que hacer un curso monográfico sobre historia de Europa, que fue lo que se me validó como maestría. Luego mi director de tesis me dijo que probablemente yo iba a ser el primer japonés que sacaba un doctorado en historia. En realidad, a mí eso no me importaba, aunque, a fin de cuentas, no dejaba de ser algo curioso. Empecé a estudiar en Madrid, luego en Salamanca y terminé en la Universidad de Navarra, pues en el año 68 todo se complicó, empezaron los problemas universitarios en París, y esas revueltas combustionaron a todo el mundo, y ni en Madrid ni en Salamanca había forma de estudiar. Así que me fui a Navarra, que era tal vez una de las pocas universidades que estaban tranquilas y donde se podían seguir los estudios. Yo nunca me vi involucrado en los problemas estudiantiles. En España yo leía la revista *Match*, y recuerdo que en la portada de uno de los números de ese año apareció una foto donde

se veía el edificio central de la Universidad de Tokio quemado. Ver aquello fue muy impactante para mí.

En España, mis profesores fueron García Gallo, autor de un famoso manual de derecho; Alvaro D'ors, catedrático de derecho romano; Luis Comellas, catedrático de la Universidad de Sevilla, que trabajaba sobre la historia moderna de España, y también Federico Suárez, que había sido tutor del rey Juan Carlos. Mi director de tesis fue Ismael Sánchez Bella, que impartía una asignatura muy interesante, Historia del Derecho de las Indias, y quien después llegaría a ser rector de la Universidad de Navarra. De todos ellos el que más me sedujo fue Ismael. Con Ismael me ocurrió una cosa muy simpática. Yo siempre estaba escuchando atentamente su clase, en primera fila, pero al cabo de un par de meses se me hizo un poco complicado entender las conferencias, y fui a ver a Ismael y le dije: "Profesor, yo nunca he faltado a su clase, pero últimamente, me resulta difícil seguir lo que dice". "Ah, sí —me dijo—, el muchacho japonés que siempre veo en primera fila. Pero, oye, si quieres seguir lo que yo digo, no sigas durmiéndote en la clase". Lo que pasaba es que su clase empezaba a las cuatro de la tarde, y en España se come alrededor de las dos, una comida fuerte, siempre con carne y un par de copas de tinto. Y eso para mí era bastante pesado. Por eso, ya sobre las cuatro de la tarde yo lo que tenía ganas era de dormir la siesta. De modo que cuando Ismael empezaba a hablar del derecho de las Indias, ya yo estaba en las nubes. Y es que el cambio de costumbres era muy fuerte. Y así, como esto de la comida, también hubo otras cosas que, para mí, resultó un gran choque. Por ejemplo, la forma de hablar. Me daba la impresión de que los españoles eran como descendientes de vikingos; es decir, muy rudos. Y en especial me asombraban las mujeres, la forma tan abierta, tan desenfadada en que se expresaban. Porque yo estaba acostumbrado a que la mujer hablara en una forma modesta, humilde —en Japón hay un dicho que dice que la esposa debe ir tres pasos detrás del esposo—, pero en España yo sentí que el hombre y la mujer estaban a la par, especialmente por la forma de hablar el español, las mujeres hablaban de tú a tú con los hombres. Y eso no pasaba en Japón.

Hubo por supuesto otro tipo de confrontación cultural. Cuando yo era estudiante, en Kyoto siempre me interesó mucho la filosofía, pero no tenía la experiencia de estudiarla en una forma, digamos, seria: lógica, ética, metafísica, todo eso. Pero siempre quise estudiarla. Porque mi padre era monje budista y tenía un templo de la secta Shingon que, como tú bien sabes, es una de las sectas más antiguas que llegaron a Japón, la trajo el famoso Kobo Daishi en

el siglo VI. Mi padre tenía un rango bastante alto, *sōjō*, que es algo parecido al rango de obispo. El caso es que en España yo siempre estuve observando a la gente, cómo se comportaban, y qué tipo de actitud social o religiosa tenían. Y un domingo, en Madrid, pasé enfrente de una iglesia, serían como las 10 de la mañana —recuerdo que era un día de sol, muy hermoso—, y me puse a observar a la gente que salía de la iglesia. Y veía que la gente estaba contenta, con la cara sonriente, feliz. Todos, la gente mayor, los esposos que iban tomados del brazo, y también los jóvenes. Y me pregunté a qué se debería, porque el simple hecho de ser católico no quiere decir que se sea feliz. Y ese domingo fue, tal vez, el primer día en que me puse a pensar en qué consiste la religión católica y el modo de pensamiento occidental.

Finalmente, me decidí a convertirme en católico. Y ésa fue la razón por la cual rompí con Pepita, porque me puse a pensar seriamente en los estudios de teología como mi verdadera vocación, por lo que opté por no comprometerme. Sin embargo, antes de convertirme tenía que consultar a mi papá. Mi papá me dijo que no se oponía, y sólo me pidió que lo pensara bien, pero durante un año. De modo que tuve que esperar un año para obtener su permiso. En realidad, la inquietud por hacerme católico comenzó con los estudios de filosofía occidental. Porque a mí me costaba muchísimo trabajo entenderla. Y es que lo que llamamos filosofía japonesa, o incluso lo que se da en llamar filosofía “oriental”, es diferente de lo que el pensamiento europeo entiende por filosofía. Por ejemplo, Nishida Kitarō fue un pensador de la modernidad, pero yo no creo que podamos calificarlo de filósofo. El pensamiento del Oriente es más bien una actitud hacia la vida. Cuando empecé a estudiar la filosofía, me sentía como un *kappa* al que se le secaba el agua de la cabeza, porque yo no podía con el rigor científico del estudio de la filosofía. Sentía que el agua de mi cabeza de *japonés-kappa* se secaba completamente. No podía seguir. Y cuando me tocó estudiar metafísica, fue peor. Así que yo llegué a la conclusión de que para mí era imposible seguir la filosofía o el modo de pensamiento occidental partiendo desde la lógica, o desde su lógica de estudio y, por supuesto, mucho menos la teología. Pero, asimismo, después de convertirme a la religión católica —me bauticé en Japón, en 1968— comprendí que el hacerse católico no era más que un punto de partida. Por cierto, en 1971, gracias a unos amigos, pude tener una entrevista con Paulo VI. Esos amigos me acompañaron, y recuerdo que uno de ellos, un griego, era ateo ciento por ciento. Al papa no me acuerdo que le dije. Él me dio una medallita de plata.

Al regresar a Japón hubo, evidentemente, muchos cambios. En primer lugar, por primera vez empecé a estudiar el español en serio, porque yo quería comprender la mentalidad del mundo hispano, pero a partir de sus fuentes. Me di cuenta de que ésa era la única forma de captar verdaderamente el sentido, y para eso necesitaba del español. El español todo, groserías y malas palabras incluidas, para lo cual yo tenía un diccionario de tacos y groserías, que me ayudaba muchísimo. Por otra parte, a pesar de ser japonés comencé a comportarme de una forma bastante extraña, a expresar directamente lo que pensaba, a romper con el *ura* y el *omote*. Porque, como sabes, en Japón nadie habla lo que piensa. Siempre se habla de forma indirecta. Cuando quieres algo nunca lo expresas, o lo pides, directamente. En ese sentido, Kyoto es una ciudad muy particular. Si tus amigos te invitan y te dicen: “ven a la casa a comer”, y tú vas realmente en el plan de ser invitado a comer, ellos van a pensar que eres un insensato. Porque cuando te invitan, la mayoría de las veces es, en realidad, sólo para tomar té. Eso también le cuesta mucho trabajo a algunos japoneses. Y en Kyoto especialmente, donde nadie dice lo que piensa. Hay como dos o tres capas por encima de las palabras. Y eso se debe a que esta ciudad fue la capital de Japón durante mucho tiempo. Y en la época del shogunato, los nobles no tenían fuerza ante los samurais, y una de las maneras de defenderse era manipular, y usar el lenguaje de esa forma ambigua. Y no sólo a la gente de fuera, a los de Kyoto a veces también nos cuesta trabajo entender ese lenguaje.

Luego vino lo de El Colegio de México. Yo nunca tuve la idea de sacar un segundo doctorado, pero en 1972 el entonces presidente de México, Luis Echeverría, visitó Japón, y cuando estuvo en una reunión en la Universidad de Kyoto de Estudios Extranjeros, yo me le acerqué, le hablé de los estudios que había hecho sobre historia del siglo XIX español, y le dije que me gustaría mucho poder ir a México alguna vez para estudiar sobre el siglo XIX mexicano. Y el presidente habló con el profesor Omar Martínez Legorreta, que era el representante de El Colegio de México en aquel viaje. En aquel momento yo no tenía la menor idea de El Colegio de México, y me pareció que toda la conversación no había sido más que una formalidad, pero a los tres meses recibí una invitación oficial para ser becario de El Colegio. Como ya para entonces yo era profesor de la Universidad, no podía abandonar mi puesto de trabajo libremente, y necesitaba de un permiso del rector. Pero el rector no estaba muy convencido de la necesidad de que yo fuese a México. Entonces, otro profesor, Shizuo Kasai, mucho mayor que yo, intercedió y le dijo al rector

que la invitación que me habían hecho no era una invitación cualquiera, sino una invitación del presidente de la República. Y así fue como se resolvieron las cosas. Allí, en El Colegio, tuve la suerte de estudiar con don Daniel Cossío Villegas, Luis González, Edmundo O’Gorman, Silvio Zavala, Enrique Zenno. Y mi director de tesis, que fue Andrés Lira. Por cierto, hará cosa de unos 10 años Lira y Sánchez Bella, mi director de tesis en la Universidad de Navarra, se encontraron en un Congreso Internacional de Derecho en Buenos Aires y allí se enteraron de que ambos habían dirigido mis tesis.

Tanto en España como en México yo sentí que las tendencias de los estudios de historia eran muy ortodoxas, de metodología tradicional, de tendencia positivista. Ésa, por ejemplo, es una de las razones por las que me interesó el libro de Krauze. Krauze sigue la línea de la biografía. El subtítulo de *Siglo de caudillos* es biografía política de México. Y el libro se basa, fundamentalmente, en la biografía de las personalidades. Yo siempre tuve la intención de escribir la historia de la América Latina de una forma transparente, clara, pero mi talento no llega a ese nivel. No me alcanza para escribir un libro que pudiera ser tan interesante como yo lo deseo. Entonces por mucho tiempo tuve el dilema de no poder escribir así y de no poder encontrar un libro que se asemejara a lo que yo quería escribir. Pero un día leí ese libro de Krauze y, en verdad, ahí está todo lo que a mí me hubiera gustado escribir o transmitir. Fue por eso que cambié de idea. Decidí abandonar la idea de escribir mi libro y me puse a traducir *Siglo de caudillos*, que es el libro que yo hubiera querido escribir. Mi interés es transmitir o dar a conocer al mundo japonés cuál es la historia de México, dar una imagen viva. El libro de Krauze parece una novela o una película. Otros libros son como una diapositiva, bonitos pero inmóviles.

Hay por supuesto otros autores que a mí me resultan muy significativos, como don Daniel Cossío Villegas, o los trabajos de historia de Luis González. La literatura yo no la he trabajado mucho porque no tengo talento; pensar en traducir una novela es para mí imposible. Ensayo sí. Aunque, por supuesto, dentro de la literatura, Octavio Paz, Carlos Fuentes, García Márquez, Vargas Llosa son autores imprescindibles. Y Borges, que es un autor que de alguna manera tiene relación con el pensamiento japonés. No, claro está, porque se haya casado con una japonesa, sino porque en sus trabajos se evidencia una lectura y, de algún modo, una asimilación de lo que podríamos llamar pensamiento “oriental”. Por la parte contraria, hay autores japoneses que me parecen que podrían ser interesantes para el lector latinoamericano. Por ejemplo, Ôe Kenzaburo o, para salirnos un poco de la tónica de los autores

más renombrados, Kuronoma Yukiko, que es también violinista y que ha publicado un libro muy revelador: *Cartas desde México*.

Actualmente, aunque parece haber muchas personas estudiando sobre la cultura hispanoamericana, o que las relaciones hayan mejorado mucho, quienes verdaderamente tienen interés en Hispanoamérica son una minoría. A principios de la era Meiji, el primer ministro Hirobumi Ito hizo una gira por Europa y estaba programado que visitara España. Llegaron hasta París, pero como de España no se conocía nada, no fueron. Desde entonces, pienso, el Ministerio del Exterior no tiene interés en la Península Ibérica y mucho menos en América Latina. Tal vez, salvo los casos de Brasil y Perú, por la cantidad de inmigrantes. Desde el régimen de Echeverría, El Colegio de México tomó la iniciativa de establecer un intercambio de estudiantes mexicanos y japoneses, 300 en un año. Pero luego de las conversaciones entre los Ministerios el programa se redujo a 100 estudiantes, y en la actualidad es de 35. Por eso en Japón ya hay una asociación de los ex becarios de México. Y bueno, entre ellos hay muchas personalidades que han dado a conocer El Colegio de México y, por supuesto, la seriedad de su trabajo. Un trabajo que, junto al de otras instituciones del propio México constituye, al menos dentro de Japón, una de las influencias fundamentales para la enseñanza, a nivel profesional, de la cultura hispanoamericana. Es curioso que en mi primera vuelta al mundo, con 21 años, llegué hasta México, y que luego fue allí donde cursé mis últimos estudios. Como sigo enseñando sobre Hispanoamérica, de algún modo he seguido viajando, y viajando, por así decirlo, en español.